



## LA ORDEN MILITAR DE SAN JUAN DE JERUSALÉN O DE MALTA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA DEL SIGLO DE ORO

ISIDORO VILLALOBOS RACIONERO (\*)

A pesar de su temprana introducción en la Península ibérica —apenas sesenta años después de que fuese fundada por san Gerardo Tenque en 1048— y de la intervención de sus huestes en algunos de los más notables hechos de armas de la Reconquista —motivo principal que genera los primeros tratamientos literarios que, por medio de sus aguerridos profesos, reciben nuestras órdenes militares autóctonas— (1), la Orden de los hospitalarios de san Juan de Jerusalén entra muy tarde en la literatura española.

En efecto, lo hace en el siglo XIV, personificada en el Gran Prior de Castilla don **Hernán Rodríguez de Valbuena** primero; y, después, en el Gran Maestre de dicha milicia don **Juan Fernández de Heredia**. Aquel deja su huella en uno de los romances noticieros más antiguos —si no es el que más— de nuestra literatura: el que, en una de sus versiones, comienza así:

---

(\*) Doctor en Filología Hispánica. Consejero del Instituto de Estudios Manchegos.

(1) VILLALOBOS RACIONERO, I.: Las Órdenes militares y la Literatura española, en CAMPOS, J. (Coord.): *Lux Hispaniarum. Estudios sobre las Órdenes Militares*, Madrid, Real Consejo de las Órdenes Militares, 1999, págs. 263-311.



ISIDORO VILLALOBOS RACIONERO

*Don García de Padilla, – esse que Dios perdonasse*

Enmarcado en las luchas internas que dividieron el reino castellano durante la minoridad de Alfonso XI, este romance nos refiere la huída y alzamiento en Consuegra (Toledo) del precitado «*buen prior*» de san Juan y su reconciliación con el rey ante los muros de aquella villa. Suceso este rigurosamente histórico que, llegándonos a su través con algunas deformaciones, tuvo lugar en 1328 (2).

En este año era ya caballero hospitalario el noble aragonés don Juan Fernández de Heredia, quien en 1377, tras haber prestado numerosos e importantes servicios a su orden fue elegido Gran Maestre de ella como sucesor de Helion de Ville-neuve.

La huella de este Gran Maestre en nuestra literatura permanece en las traducciones y compilaciones historiográficas que salieron de su «*scriptorium*» entre 1385 y 1393. Si en aquellas la labor de verter al «aragonés común» algunas obras señaladas de autores griegos y latinos —Plutarco, Tucídides, Salustio, Tito Livio— se debió al complejo equipo de colaboradores que formó, tan pronto como ocupó el maestrazgo; en estas —la *Grant crónica de Espanya* y la *Grant corónica de los conquiridores*— el trabajo lo compartió en buena medida con esos mismos colaboradores.

La importancia de esta doble empresa cultural, comparable en intención a la de Alfonso X, quedó, no obstante, oscurecida por la brillante personalidad pública de su impulsor, hasta el punto de que, en el ámbito de la literatura española, la obra de don Juan Fernández de Heredia todavía no se conoce suficientemente (3).

Pues bien, aquel romance y esta obra singular ponen principio y fin —dentro de una misma centuria— a la presencia,

---

(2) CATALÁN, D.: *Siete siglos de romancero (Historia y poesía)*, Madrid, Gredos, 1969, págs. 15-56.

(3) CACHO BLECUA, J. M.: *El Gran Maestre Juan Fernández de Heredia*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, 1977.



bien escasa, por cierto, de la Orden hospitalaria de san Juan de Jerusalén en las letras españolas. Pasarán luego muchos, muchos, años hasta encontrarnos de nuevo con esa presencia. Pero esto ocurre ya en pleno Siglo de Oro.

Precisamente de este tema vamos ahora a ocuparnos en pormenor.

Puede afirmarse que, en general, los profesos hospitalarios no se han significado por el cultivo de las ciencias y letras. Los españoles no lo hicieron, desde luego, en el período rodense (1310-1523) de la historia de su orden —el Gran Maestre Fernández de Heredia es por ello una excepción que merece señalarse— ni tampoco lo hicieron con especial relevancia en el maltés (1530-1798), que siguió a aquel. Aquí también el estricto cumplimiento de los fines generales de la «*sacra milicia*» de san Juan de Jerusalén en que habían ingresado —la asistencia y defensa de la Cristiandad por tierra y por mar— los apartó, sin duda, de las labores intelectuales.

Mas, hubo excepciones; es decir: sanjuanistas cultos y creativos que, como autores, nos legaron sus obras. Naturalmente, los principales vivieron y escribieron en el llamado Siglo de Oro, centuria de límites imprecisos por defecto, pero que, con absoluta certeza y unanimidad incluye los años que median entre 1550 y 1650; años en que se produce el apogeo clásico de nuestras letras.

En aquel Siglo de Oro, la Sacra Militar Orden Jerosolimitana o de Malta —como empezó a llamarse también por entonces, aunque en España su denominación siguió siendo la de Orden militar de san Juan— se hace presente en la literatura española de dos formas: por medio de las obras literarias de sus profesos (freires caballeros y freires capellanes o religiosos), y mediante las de aquellos autores que, sin pertenecer a tan esclarecido instituto, convierten a sus miembros en protagonistas. Se establecen aquí, por tanto, dos grupos de autores y obras literarias.

Antes de pasar adelante, conviene, sin embargo, señalar el alcance significativo que damos al adjetivo literario —cultismo introducido en nuestra lengua en 1615— en cada una de estas formas presenciales o grupos.



En 1944, el profesor Alfonso Reyes, al tratar el difícil asunto de los límites de lo literario, distinguió, con gran perspicacia, entre una literatura de información, que llamó «*literatura ancilar*», y otra de creación, que nombró «*literatura en pureza*». La primera nace supeditada a las materias sobre las que el lector busca información o conocimiento. La segunda, en cambio, no se sujeta a un fin tan utilitario e inmediato; crea realidades que transmite estéticamente al lector. Lo literario, en sentido lato, incluye, pues, tanto las obras de información como las de creación; mientras que, en sentido estricto, sólo incluye estas últimas (4).

Aquí vamos a considerar únicamente las obras literarias de los profesos sanjuanistas en nuestro Siglo de Oro; o, con más exactitud, los autores y obras del primer grupo establecido, por lo que orillaremos sin que nos cueste, dada su irrelevancia, el examen de los autores y obras del segundo grupo (5). Además, la consideración de aquellos la haremos según el sentido lato del adjetivo literario, antes expresado.

El criterio que mantenemos es de método, pero también de justicia, porque, si nos atuviéramos exclusivamente a lo que, en general y al presente, entendemos por literario y literatura —«*literatura en pureza*» del profesor Reyes—, la presencia de la Orden militar de san Juan en las letras españolas de aquella

---

(4) REYES, A.: *El deslinde: prolegómenos a la teoría literaria*, México, El Colegio de México, 1944.

(5) En él se incluirían, por ejemplo, las estancias con que Pedro de Salazar cierra su *Hispania Victrix* (Medina del Campo, 1570), compuestas *En loor de los famosos caualleros de la Religión y soldados que murieron peleando contra los Turcos, y defendiendo la fe de Iesu Christo en el fuerte de Malta llamado Sant Elmo el año de 1565*; el romance histórico titulado *Romance de la venida del turco sobre Malta*, incluido por Juan de Timoneda en su *Rosa Real* (Madrid, 1573); y el extenso poema en octavas *Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas* (Madrid, 1599), obra del leonés Diego de Santisteban Osorio. También se incluiría el romance noticiero de Ignacio Velásquez *Verdadera relación de cómo los cristianos esclavos de las quatro galeras de Rodas se han levantado con ellas, con ayuda de los renegados, Iueues Santo, primero de Abril deste presente año 1627* (Barcelona, 1627). Todos estos textos —los tres primeros centrados en el asedio de la isla de Malta por los turcos en 1565— tienen en común su escaso mérito literario.



época áurea quedaría muy reducida —a pesar de contar con frey Lope de Vega, cuya profesión en la citada orden no deja de ser una anécdota biográfica de última hora— y en silencio la notable obra «*no literaria*» de numerosos sanjuanistas.

Dicho esto, y en congruencia con nuestro criterio, nos ocuparemos seguidamente de los sanjuanistas que nos legaron obra escrita de carácter informativo o de naturaleza literaria ancilar, y, después, de los que nos la legaron de carácter creativo o de naturaleza literaria pura.

Como no podía ser por menos, en aquel Siglo de Oro de nuestras letras, algunos sanjuanistas cultivaron con aprovechamiento determinados saberes. Y, sirviendo a los propios intereses o a los institucionales del Estado o la orden militar en que habían ingresado, e incluso a los de algún señor noble, testimoniaron esa dedicación con obras impresas o manuscritas, originales o traducidas de diferentes lenguas.

La historia, la religión y el derecho fueron las principales parcelas científicas a las que entonces contribuyeron algunos freires sanjuanistas.

En efecto, la historia particular de la Orden militar de san Juan interesó a los profesos frey don **Juan de Foxá** y frey don **Juan Agustín de Funes**. Del primero de estos dos autores sólo conocemos su nombre, su condición de caballero sanjuanista y su producción bibliográfica; pobreza de datos con que habremos de conformarnos aquí y en otros muchos casos. Pues bien, Foxá nos legó una obra que, fechada en Barcelona en 1563, se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 3.027). Esta obra lleva por título *Primera parte de la historia de la religión y milicia de san Juan Bautista de Jerusalén*, y contiene los hechos de sus grandes maestros y religiosos, desde su principio y fundación hasta el año 1553. Sin embargo, el interés para la historia de dicha orden en España es muy escaso, porque aporta pocas noticias referentes a ella (6).

---

(6) Refiriéndose a esta obra, cuya título completo reza *Primera parte de la Historia de la Religión y milicia de Sant Iohan Baptista de Hierusalem en la qual se contienen los hechos de los Grandes Maestres y Religiosos de ella*, des-



Más provechosa en este punto es la *Crónica de la ilustrísima milicia y sagrada religión de san Juan Bautista de Jerusalén*, escrita por frey don Juan Agustín de Funes y publicada en dos tomos: en Valencia, en 1626, el tomo primero, que comprende la historia de la institución desde su origen, en el s. XI, hasta la caída de Rodas en poder de los turcos en 1523; y, en Zaragoza, en 1639, el segundo, que abarca el período melitense de ella desde 1530 hasta el primer tercio del siglo XVII (7).

Frey don Juan Agustín de Funes Lafiguera era natural de Bubberca (Zaragoza). En 1607 ingresó en la Orden militar de san Juan, en la que tuvo fama de caballero «*discreto y erudito*» (8). Comendador de Mallén (Zaragoza) y servidor de la administración de la recibiduría de Amposta (Tarragona), tras participar en numerosas expediciones de su religiosa milicia contra turcos y berberiscos, falleció en fecha aún no determinada, pero posterior a 1639.

La prosa elegante y cuidada de Funes, y, sobre todo, la propiedad con que utiliza las palabras de que se sirve, bastaron para incluir su nombre y su obra en el «*catálogo de Autoridades*» elaborado por la R.A.E., catálogo que precede a la publicación del Diccionario que, en seis volúmenes, esta docta Corporación dio a la imprenta entre 1726 y 1739 (9). De este modo, la *Cróni-*

---

*de su principio y fundación hasta el año MDLIII, la qual recogió y compuso Fray Iohan de Foxá, caballero de la mesma Orden.* Barcelona, 1563, dice J. P. GARCÍA PÉREZ: «*De España esta obra contiene poco, porque otros países fueron teatro de las hazañas de los caballeros de S. Juan, al menos hasta la época en que se cierra esta Crónica*» (cfr.: GARCÍA PÉREZ, J. P.: *Indicador de varias crónicas religiosas y militares de España*, en RABM, IV (1900), pág. 745).

(7) El tomo primero está dedicado a frey Antonio de Paula, Gran Maestro de la Orden militar de san Juan. Sin embargo, frey Juan Paulo Láscaris, también Gran Maestro de la citada milicia y frey Martín de Redín, Gran Prior de la misma en Navarra, comparten la dedicatoria del tomo segundo.

(8) Así lo escribe el doctor don Mateo Virto de Vera, arcipreste de la Santa Iglesia metropolitana de Zaragoza, en la aprobación que precede al tomo segundo de la *Crónica* de frey Juan Agustín.

(9) En efecto, Funes y su *Crónica* aparecen en la «*Lista de los autores elegidos por la Real Academia Española, para el uso de las voces y modos de hablar, que han de explicarse en el Diccionario de la Lengua Castellana...*»



ca de nuestro autor, considerado ya reputado literato, vino a ser texto autorizado en que apoyar algunas de las definiciones lexicográficas formuladas en el mencionado *Diccionario*.

Poco antes de 1630, Lope de Vega debió de conocer al caballero Funes; y, sin duda, quedó tan impresionado de su talento y personalidad que no sorprende el elogio que le dedica en su *Laurel de Apolo* (1630), ni extraña su repetición encomiástica en dos de los varios testimonios proemiales que acompañan la publicación de la segunda parte de aquella famosa *Crónica* sanjuanista (10).

La relación de sucesos ajenos a la historia de la Orden militar de san Juan, pero que, en su tiempo, despertaron la curiosidad de los lectores, nos traen a la memoria los nombres de frey don **Francisco de Herrera Maldonado** y frey don **Fadrique Molés**, entre otros sanjuanistas.

Frey don Francisco de Herrera nació en Oropesa (Toledo) a finales del siglo XVI. Doctor en Cánones, fue prior de la encomienda del Villed (Teruel), perteneciente a la Castellanía de Amposta, y también canónigo de la iglesia de Arbas, en León. Hombre cultísimo, tradujo algunas obras del griego, del latín y del portugués (11). Compuso asimismo algunos notables poemas (12), y, dentro del apartado de que tratamos, escribió una obra titulada *Epítome historial del reino de*

---

(Cfr.: R.A.E.: *Diccionario de la Lengua Castellana*, Madrid, 1726, t. I, pág. LXXXVIII)

(10) En uno de ellos escribe frey Lope de Vega: «*Debe a v.m. nuestra Sagrada Religión de S. Juan la mayor parte del honor que tiene, pues ha sido, y será, su Corónica lustre, gloria e inmortalidad de su nombre, quedando el de v.m. para siempre entre sus alabanzas, con la mayor que ha tenido escritor de nuestro tiempo*». Y, luego, en el otro, se dirige en verso a Funes en estos términos: «*Gloria del Ebro undoso, espíritu gentil, a cuya pluma / este siglo dichoso / debe el estudio de tan docta suma, / y nuestra Sacra Religión el celo / con que la igualas al eterno cielo*». A estos siguen otros múltiples elogios repartidos en varias de las sextinas que componen su poema proemial.

(11) V.: ANTONIO, N.: *Biblioteca Hispana Nova*, Madrid, 1783-1788, t. I, pág. 433.

(12) Destacan su *Elogio a Quevedo* y sus octavas *A la Virgen*, que pueden leerse en los tomos XXV y XXXV de la *Biblioteca de Autores Españoles*, respectivamente.



ISIDORO VILLALOBOS RACIONERO

*la China, con la descripción de aquel Imperio, y la introducción en él de nuestra Fe católica*, que se publicó en Madrid en 1620. Obra de erudición, confeccionada con noticias indirectas, porque no nos consta que su autor estuviera nunca en tan remoto lugar.

Como Funes, Herrera Maldonado, que debió de morir poco después de 1630, mereció también el elogio de su amigo Lope de Vega.

Con respecto a frey don Fadrique Molés, a quien más adelante nos referiremos, deseamos recordar aquí su *Relación trágica del Vesubio*, aparecida en Italia en 1631. Se trata de un discurso sobre la erupción del temible volcán en diciembre del año anterior. Por aquellas fechas, el caballero Molés residía en Nápoles, por lo que fue un privilegiado observador de tan sobrecogedor fenómeno natural. Y recordar asimismo su libro *Guerra entre Ferdinando Segundo, emperador romano, y Gustavo Adolfo, rey de Suecia* publicado en Madrid en 1637. De vuelta a España, Molés nos refiere en él los acontecimientos políticos y militares más sobresalientes del llamado «*período sueco*» de la guerra de los Treinta Años (13).

---

(13) La obra, dividida en cuatro libros, relata «*en compendiosa brevedad*» los sucesos que acaecen entre el 13 de marzo de 1630 y el 16 de noviembre de 1632. En esta última fecha tuvo lugar la batalla de Lützen, cerca de Leipzig, una de las «*más sangrientas*» de entonces, en la que, con el rey sueco, murieron «*al pie de ocho mil*» de sus hombres. Para contarnos esta guerra entre católicos y protestantes, entre Fernando II y Gustavo Adolfo, frey don Fadrique nos dice que entresacó cuánto hacía a ella «*de las relaciones que han remitido de Alemania los marqueses de Aitona y Cadreita, don Baltasar Marradas, el duque de Sabelli y otros que examinaron la verdad con suma diligencia*». La obra termina con estas palabras sobre el monarca caído en las que condena su atrevimiento, pero descubre una cierta admiración por él: «*No se puede negar que el rey de Suecia no tuviese valor, y algunas partes loables que en nadie se aborrecen. A ser católico, fuera buen capitán, porque se le quitaran algunos malos resabios que tenía. Ostentaba mayor valentía de la que se requiere en un Príncipe que gobierna ejércitos. Trataba igualmente al arcabucero que al capitán, porque le amasen. Condición natural de todos los príncipes ambiciosos, que no tienen con qué pagar a sus soldados en otra moneda que con la afabilidad fundada en desigualdades. Con poca ocasión —finaliza— se embriagaba de la cólera. Más no quiero en este argumento ensangrentarme por ser infames los odios que vienen después de la muerte*».





Como sabemos, la Iglesia española y con ella la religión católica —en sus vertientes dogmática y doctrinal— vivió durante el Siglo de Oro su mayor momento de gloria. Y, algunos sanjuanistas, ocupándose de diversas cuestiones religiosas, contribuyeron con los frutos de su ingenio —no muy notables, por cierto; pero frutos literarios son, al fin y al cabo— al esplendor de ese momento. Así, cuando a comienzos del siglo XVII, se descubrió en el arzobispado de Sevilla un foco herético de iluminismo, el licenciado frey **Antonio Farfán de los Godos**, freire capellán de la Orden militar de san Juan, escribió un *Discurso en defensa de la religión católica contra la secta de los alumbrados, dejados o perfectos*, librito que vio la luz en 1623 y en el que recogía los sermones que había predicado en la villa sevillana de El Arahál en junio de aquel mismo año (14).

La moral iluminista nada tenía que ver con la verdadera moral cristiana que el P. Juan de Jesús María, carmelita descalzo, había compuesto en italiano, y que, en 1615, tradujo y publicó en Zaragoza frey **Jerónimo Pérez de san Vicente**, capellán del hábito de san Juan, con el título de *Escuela de oración, contemplación, mortificación de las pasiones, y otras materias principales de la doctrina espiritual*.

Por otra parte, en Madrid, en 1633, aparecía una biografía que habría de perpetuar la memoria del biografiado y su autor. Este se llamaba frey don **Francisco de Herrera Maldonado**, profeso sanjuanista del que ya hemos hecho mención. Aquel, que alcanzó el título de venerable, era don Bernardino de Obregón, fundador de la Congregación de los Siervos de los Pobres, Hermanos Mínimos u Obregones (15). De familia hi-

---

(14) Sobre este brote herético andaluz y su refutación por parte de frey Antonio Farfán y el maestro Juan Francisco de Villava puede verse lo que escribe Marcelino Menéndez Pelayo en su «Historia de los heterodoxos españoles» (MENÉNDEZ PELAYO, M.: *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, C.S.I.C., 1963, lib. IV, págs. 239-49).

(15) HERRERA MALDONADO, F. de: *Libro de la vida y maravillosas virtudes del Siervo de Dios Bernardino de Obregón, Padre y fundador de la Congregación de los enfermos pobres, y autor de muchas obras pías de Madrid, y otras partes*, Madrid, 1633.



dalga, don Bernardino, que había nacido en 1540 cerca de Burgos, fue primero militar, y, con esa condición, intervino en la batalla de san Quintín en 1557. El duque de Sessa lo nombró luego su caballero. Y, estando en este empleo, Felipe II lo reclamó para su servicio, pero don Bernardino manifestó entonces al rey su deseo de sacrificar su vida por los enfermos de los hospitales y las cárceles. Tras vender cuanto poseía, se hizo terciario de san Francisco de Paula, y, en unión de varios compañeros, fundó en 1568 la Congregación citada. Dirigió el Hospital General de Madrid y reformó el sistema hospitalario de Portugal. En 1598 Felipe II mandó llamarlo para que, desde la cabecera de la cama, lo atendiera en su última enfermedad. Cuando al año siguiente asistía a un apestado madrileño, don Bernardino se contagió y murió, con fama de santidad, el 6 de agosto.

Subrayando las «*maravillosas virtudes*» subsidiarias de la caridad que poseyó don Bernardino, frey don Francisco de Herrera nos refiere por extenso su biografía —que nosotros hemos extractado— con amenidad y excelente prosa.

Por último, no queremos olvidar la referencia al libro que, en 1648, publicó, en Madrid, el freire caballero sanjuanista don **Pedro Díaz de Agüero**: *Ilustración clarísima de la Inmaculada y Purísima Concepción de la Virgen María, Nuestra Señora*. Con él, don Pedro, que ejercía la medicina, al parecer en Valladolid, su ciudad natal, se unía a la secular defensa española —tan firmemente mantenida por las órdenes militares nacionales— de la Inmaculada Concepción de la Virgen, concepción sin mancha que, siglos más tarde, declararía dogma de fe la Iglesia de Roma.

A lo largo de los siglos XVI y XVII los estudios jurídicos experimentaron aquí un notabilísimo desarrollo. El derecho político en especial se benefició del efecto que supuso la aparición en Roma, en 1532, de la obra póstuma de Niccolò Machiavelli (1469-1527) *Il Principe*, título que ponía de relieve la figura del jefe del Estado.

Criticando —en sentido negativo— o matizando las ideas que Maquiavelo exponía en su obra —ideas que, por otra par-



te, tenían ya un reflejo fiel en las costumbres políticas de la época— y a las que pronto muchos otros autores, en Italia y Francia, prestaron conformidad, fueron apareciendo en España numerosos trabajos de aquella naturaleza (16). Pasados los años de más encendida polémica, se siguieron imprimiendo libros que, como el rotulado *Avisos a Príncipes y Gobernadores en la guerra y en la paz, sacados de sentencias y ejemplos de la Sagrada Escritura*, escrito por el freire caballero del hábito de san Juan don **Alonso Menor**, pretendían abundar en la importancia de establecer una monarquía católica —los reyes españoles eran su imagen— regida por un gobernante o príncipe cristiano. Obviamente, don Alonso —del que nosotros ignoramos casi todo, salvo su condición de profeso sanjuanista y su título de doctor en ambos derechos por la Universidad de Salamanca, aunque, al decir del prologuista de su libro, era persona muy «conocida en toda Europa por la doctrina de sus escritos y rara elocuencia en sus oraciones sacras»— (17) no manifestaba un pensamiento original, sin embargo, sus Avisos, constituyeron, sin duda, un tratado de derecho político de fácil lectura en aquel momento histórico.

Partiendo de la idea que relaciona la fortaleza y la paz del Estado con el sometimiento a las leyes divinas establecidas por la eterna Providencia, don Alonso Menor divide su obra — que dedica al doctor don José Micaelli, caballero Imperial, vicescancelario de la Orden de Constantino Emperador— en cinco libros, los cuales, conteniendo distintas advertencias o

(16) Véase una aproximación al tema en PUIGDOMÉNENCH, H.: *Contribución al estudio de Maquiavelo en España*, Barcelona, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Barcelona, 1977.

(17) Esto escribe, en efecto, dicho prologuista don Iván de Velasco Cardona, quien, recomienda la lectura del libro, porque frey don Alonso Menor enseña en él «que no puede constar firme República sin tener dependencia de la invisible, conocida entre nosotros por las leyes divinas, establecidas de la eterna Providencia, a quien no mueven accidentes, intereses ni lisonjas [...] Lea, pues —concluye don Iván—, quien gobierna y quien obedece libro tan importante en tiempos en que hombres impuros, impíos, y detestables, como el Bodino, el Machiavelo, y otros han inquietado los ánimos piadosos y católicos con sus vanos gobiernos ateístas».



enseñanzas políticas, que justifica en la *Biblia*, tratan del gobierno en general, del rey, del reino, de la guerra, y de los oficios y pertrechos que ésta necesita, respectivamente.

Con la perspectiva del tiempo, resultan novedosas —cuando no actuales— ciertas advertencias del autor, como por ejemplo: Que en una República o Estado concertado las letras deben ser favorecidas y exentas las escuelas, colegios y universidades (libro primero); que el reino debe cuidar del aumento y conservación del número de sus gentes; y que a él toca cómo se ha de haber con los extranjeros que de otros países vinieren a vivir y avecindar a los suyos, y cómo tiene obligación de avisar al rey del lugar que puede dársele a dichos extranjeros, a qué oficios dedicarse y qué franquezas tener, previniendo los inconvenientes y daños (libro tercero). Y es que, en este último punto, según Menor, Dios quiso —así se contiene en el *Deuteronomio*— que se hiciera diferencia del natural y el extranjero, especialmente «*en el gozar de las mismas exenciones y privilegios*».

Como indicamos, el libro tercero de estos Avisos de frey don Alonso Menor, los cuales se imprimieron en Zaragoza en 1647, está dedicado en exclusividad al rey, y, con sus advertencias, hacen de él un pequeño tratado sobre la educación del príncipe.

El tema de la educación del príncipe arrastraba una larga tradición escrita en España. Se había iniciado en el siglo XVI, cuando fray Juan de Castrogeriz glosó en castellano, hacia 1345, el *De regimine principum* de Egidio Romano para enseñanza del infante don Pedro, hijo de Alfonso XI. Desde entonces y hasta finales del siglo XVII continuaron apareciendo, en latín y en romance, obras de ese tenor, desiguales en mérito, pero idénticas en su intención (18).

Pues bien, a mediados de 1637 —diez años antes, por tanto, de la publicación de los Avisos— salía a la luz en Madrid un discurso titulado *Amistades de Príncipes*. Su autor, frey don

---

(18) GALINO CARRILLO, M.<sup>a</sup> A.: *Los tratados sobre la educación de príncipes* (ss. XVI y XVII), Madrid, C.S.I.C., 1948.



**Fadrique Molés**, del que, si bien nos es conocida su bibliografía —hasta diez títulos; dos de los cuales ya hemos citado— (19) ignoramos todos sus datos biográficos, con excepción de su pertenencia a la Orden militar de san Juan en calidad de caballero, lo dedicaba al noble consejero de Estado y Guerra de Felipe IV don Carlos Coloma.

En este breve tratado, cuya lectura encarece a «*los primeros pilotos*» de nuestra monarquía su censor eclesiástico (20), Molés desarrolla un aspecto de la educación de los príncipes cual es el de sus amistades; aspecto que, a pesar de su importancia, apenas habían considerado con detalle —de aquí también su originalidad— los autores anteriores de la ciencia política.

---

(19) Efectivamente, aparte de su *Relación trágica del Vesubio* (1631), de su *Guerra entre Ferdinando Segundo, emperador romano, y Gustavo Adolfo, rey de Suecia* (1637) y de su *Amistades de Príncipes* (1637), frey don Fadrique Molés relaciona sus otras obras en la advertencia al lector que precede a su libro *El avariento generoso. Muerte del rey francés. Hazañas de Rucheliu*, que, dedicado al almirante de Castilla don Juan Alonso Enríquez de Cabrera, publica en Nápoles en 1644. Dichas obras son: *Audiencia de Príncipes*, *La sombra de Mos de la Força*, *Cautela honesta de Príncipes*, y *Defectos en la elección*. Además, en la citada advertencia, a pesar de sentirse ya viejo —dice como ve que se le «*deterioran las fuerzas del senescente cuerpo*»—, promete todavía la publicación de otras dos obras que titulará *Los Príncipes de Salerno* y *El rico desdichado*.

En la Biblioteca Nacional de Madrid sólo se hallan tres de las obras de Molés: *Amistades de Príncipes*, *Guerra entre Ferdinando Segundo y Gustavo Adolfo*, y *El avariento generoso...* Por cierto, esta última, «*octavo desvelo breve de mi ingenio*», se encuentra incompleta. El ejemplar único que existe está mutilado: se interrumpe en la página 98. Al parecer, la obra la constituían tres «*fábulas*», probablemente tres fábulas apólogas, como entonces se llamaban las narraciones inventadas para deleitar con enseñanza. La primera *El avariento generoso* tiene por protagonistas al caballero catalán Plegamáns y a su escudero Ramón.

Por otro lado, los títulos de varias de las obras de Molés nos permiten afirmar su obsesión por el tema de la educación política del Príncipe o Gobernante.

(20) El P. Fr. Juan Pastor, calificador del Supremo Consejo de la General Inquisición, quién, además, afirma que don Fadrique Molés «*alambica*» en esta obra «*por quinta esencia lo sustancial de la cristiana y verdadera política, en tiempos donde vemos tan aplaudida la falsa y diabólica machavélica*».



Imposible dar cuenta aquí y ahora de este discurso. Bástenos con saber que el caballero Molés condensa su pensamiento, el cual gira entorno al fundamento de la verdadera amistad y a la conveniencia o no de ciertas amistades por parte del príncipe, en catorce tesis, que justifica sirviéndose, sobre todo, de una gran erudición histórica (21). Esto es: valida una a una sus proposiciones con oportunos ejemplos sacados de la historia —nacional a menudo, pero también de la de otros países— más inmediata o lejana.

Finalmente, señalar que Molés escribe en un estilo sentencioso, que conviene, sin duda, a la gravedad del tema y fin pedagógico que persigue en este tratado, cuya doctrina se sujeta, como él mismo afirma, «a una cristiana y prudente razón de Estado».

Hasta aquí hemos constatado la presencia de profesos —cabe la omisión involuntaria de alguno— de la Orden militar de san Juan en la que hemos denominado «*literatura ancilar*» —el derecho, la religión, la historia— durante nuestro Siglo de Oro. Pero, aún nos falta señalar una materia sobre la

---

(21) A los príncipes les interesa mucho tener y conservar la amistad de sus deudos y parientes (Tesis I), y no perseguirlos sin causa, como suele ser habitual (II), y, aún, con ella, usar siempre de piedad (III). Abandonando su círculo familiar, los príncipes han de procurar la amistad de los potentados dentro de sus estados (IV), y, fuera de ellos, los inferiores solicitar la amistad de los superiores (V), prefiriendo la de los príncipes de los estados vecinos a la de los que dirijan estados lejanos (VI), aunque, sin embargo, deberán estimar en más los favores de éstos que los de aquellos (VII). Por otra parte, los príncipes poderosos han de ayudar a los príncipes amigos en sus trabajos con socorros proporcionados al poder de los que los prestan y necesidades de los que los reciben (VIII). Asimismo han de evitar la amistad de los que tengan más reputación que fuerzas (IX). Los príncipes, además, no deben caer nunca en la tentación de comprar la amistad de otros príncipes, aunque les fuerce a ello la razón de Estado, porque la mayor gala de los príncipes está en el trato hidalgo y desinteresado (X).

Molés dedica, finalmente, las cuatro últimas tesis de su discurso a considerar el fundamento de la verdadera amistad (XI); las causas que, por lo general, mueven a los príncipes a romper sus amistades, aunque por ninguna se debería hacer (XII); y la confianza recatada que éstos han de tener en sus relaciones amistosas (XIII), excusando siempre confederarse con infieles y tiranos por motivos de injurias o riesgos de pérdida de sus estados (XIV).



cual un sanjuanista también escribió con aprovechamiento. El arte de cultivar la tierra es esa materia. El sanjuanista fue el caballero catalán don **Miguel Agustí**, natural de Bañolas (Gerona), donde nació en 1560. Prior o comendador de Perpiñán, en 1617 publicaba en Barcelona un notable estudio titulado *Llibre dels secrets d'agricultura, rústega i pastoril*, que él mismo se encargaría de traducir al castellano poco después. En efecto, cuatro años antes de su muerte, en 1626, aparecía dicha traducción, en la mencionada ciudad de su comendaduría, bajo la rotulata de *Libro de los secretos de agricultura, casa de campo y pastoril*. Se trata de una obra voluminosa, dividida en cinco libros y con un exaglotó o vocabulario final en seis lenguas, que, dedicada a frey don Honofre del Hospital, bailío de Mallorca, contiene una rica información —sorprendente hoy en muchos extremos— sobre como beneficiar los campos, los ganados y animales domésticos, así como la forma de construir adecuadamente una granja o explotación agrícola, con otras muchas curiosidades relativas a la destilación de las aguas, la caza, la pesca, la medición de terrenos... etc. Y todo contado con llaneza y claridad.

La presencia de los profesos sanjuanistas que nos legaron obra escrita de carácter creativo o de naturaleza literaria pura en las letras españolas es más significativa. Nos salen aquí al paso los nombres de frey **Lope de Vega** y frey don **Juan Bautista Diamante**; de frey don **Alonso Contreras** y frey don **Hipólito Sans**.

Para la Orden militar de san Juan frey **Lope de Vega** representa, sin duda, lo que frey don Pedro Calderón de la Barca y frey don Juan Martínez de Jáuregui representan para las de Santiago y Calatrava, respectivamente: Un timbre de honor literario. Aunque, como dijimos arriba, en el caso del *Fénix*, su incorporación a aquella milicia tenga algo de anecdótico. En efecto, Lope de Vega recibe la merced del hábito sanjuanista en 1627, cuando, manteniéndose en la cumbre de su popularidad como escritor reconocido, cuenta sesenta y cinco años de edad y vive ordenado de



sacerdote. En la concesión de gracia tan preciosa y, en silencio, ansiada —Lope, aunque no lo declarase siempre abiertamente, se tenía por hidalgo de solar conocido, como descendiente de montañés santanderino— (22) tuvieron mucho que ver las relaciones que había trabado con el séquito del legado pontificio Francesco Barberini, cuando este estuvo en Madrid en 1626. Formando parte de ese séquito figuraba Giulio Rospigliosi, a quien, por ser un apasionado del teatro, conoció Lope y por quien pudo poner éste en las manos del papa Urbano VIII su poema *Corona trágica a la serenísima reina de Escocia María Estuarda*, que, publicado en Madrid en 1627, llevaba una expresiva dedicatoria a dicho pontífice. Poco después, Urbano VIII concedía al poeta, mediante, un breve, el título de doctor en Teología por el Collegium Sapientiae y la merced de un hábito de la Orden militar de san Juan (23). Colmaba Lope con esta merced su vanidad, y, en carta al duque de Sessa no daba crédito a ella (24).

---

(22) La nobleza de todos los montañeses —asturianos y santanderinos— era una creencia colectiva en tiempo de Lope de Vega de la que éste se benefició para mantener la suya, más o menos explícitamente. Sin embargo «*la hidalguía auténtica* —afirma Zamora Vicente— *no debió poseerla*» (ZAMORA VICENTE, A.: *Lope de Vega. Su vida y su obra*, Madrid, Gredos, 1969, pág. 30). Lope, que, repetidamente habla de su «*humilde sangre*» y de la «*humilde casa*» de sus padres, no pudo, en cambio, dejar de experimentar lo que hoy llamaríamos un cierto bovarismo aristocrático que le llevó a estimar sobre todos a los nobles titulados, con quienes trataba y compartía algunas aficiones, y a usar el escudo de armas de los Carpio, que, con sus diecinueve torres, motivó la burla de Góngora, Cervantes y otros (V.: MILLÉ JIMÉNEZ, J.: *Lope maniático de grandezas*, en *Sobre la génesis del Quijote...*, Barcelona, Araluce, 1930, págs. 83-86).

(23) Sobre este viaje en general y sobre su consecuencia particular en la vida de Lope de Vega pueden consultarse los siguientes trabajos: SIMÓN DÍAZ, J.: La estancia del cardenal legado Francesco Barberini en Madrid el año 1626, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XVII (1980), págs. 159-213; y PROFETI, M.<sup>a</sup> G.: El último Lope, en *La década de oro de la comedia española (1630-1640)*. *Actas de las XIX Jornadas de teatro clásico de Almagro*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, págs. 11-39.

(24) GONZÁLEZ DE AMEZÚA, A. (Ed.): *Epistolario de Lope de Vega*, Madrid, R.A.E., 1935-43, t. IV, n.º 485.





Pues bien, a partir de aquella concesión, Lope de Vega antepondrá siempre a su nombre el título de frey. Él se honraba con tal gracia —que, en su condición de capellán no era indicativa de nobleza de sangre—, y la Orden militar de san Juan se prestigiaba incorporando a un escritor de tanto mérito y popularidad. Por su medio, además, se hacía presente en nuestra literatura del Siglo de Oro.

Pero, llegados aquí, se impone una precisión a esa presencia, aunque de todo cuanto va dicho quepa ya deducir su sentido. Y es que tal presencia se patentiza más en la condición profesada de los autores que en el contenido de sus obras. Es lo que ha ocurrido con cuantos autores hemos nombrado hasta aquí, excepción hecha de los historiadores Foxá y Funes. Es también lo que sucede con frey Lope de Vega.

Frey Lope de Vega es la personalidad más fecunda de nuestra literatura. Entorpecedor sería repasar, ahora, su ingente, variadísima y prodigiosa producción literaria. Entorpecedor asimismo reseñar su apasionante biografía. El madrileño frey Lope de Vega, que nació en 1562 y falleció en 1635, se escapa, pues, en esos puntos a nuestro propósito. La circunstancia de haber sido religioso de la Orden militar de san Juan lo ha traído ante nosotros, y también el recuerdo de dos piezas teatrales suyas en relación con los caballeros de la cruz blanca. Se trata, en efecto, de las tituladas *La pérdida honrosa* y *El Aldegiela* (25).

---

(25) Ambas fueron publicadas por la Real Academia Española en el tomo XII de la edición de las obras del Fénix, con las observaciones preliminares de M. Menéndez Pelayo. (VEGA, L. de: *Obras*, Madrid, R.A.E., 1901, t. XII, págs. 47-83 y 233-275 respectivamente).

Al parecer, Lope de Vega compuso, además de las dos piezas teatrales relacionadas, otra, hoy perdida, titulada *El alcázar de Consuegra* y que el propio Lope cita en el prólogo de su novela *El peregrino en su patria* (1618). Sin duda, dicha obra tenía que ver con la Orden militar de san Juan. Con esta milicia cabe relacionar también la comedia *El valor de Malta*, la cual Menéndez Pelayo incluyó entre las de Lope publicadas por la R.A.E, aunque haciendo constar el motivo de su inclusión —un respeto, quizá excesivo, al testimonio de los manuscritos en que se encontraba— así como su opinión de que por su falta de todo valor poético era enteramente indigna del *Fénix*. En la actualidad, efectivamente, ningún lopista acepta esta autoría, y *El valor de Malta*, se inventaría como obra anónima.



Escrita en torno al año 1613 (26), *El Aldeguela* es una comedia histórica, como históricos son sus dos principales protagonistas: el Gran duque de Alba y don Fernando Álvarez de Toledo, su hijo natural, nombrado luego Gran Prior de la Orden de san Juan en Castilla.

En esta obra Lope de Vega nos refiere el origen, las mocedades y el ascenso social del citado don Fernando, quien, tras ser reconocido por su padre, combate valientemente en el sitio y toma de Mons ( Países Bajos), haciéndose acreedor del Gran Priorato sanjuanista.

A pesar de que el asunto de esta comedia está tratado con mucha libertad, algunas circunstancias muy precisas de él han hecho pensar que no es una «pura invención» de su autor, el cual, como doméstico que fue de la Casa de Alba, pudo conocer muy bien esas circunstancias (27). Sea como fuere, lo cierto es que en la obra don Fernando resulta ser hijo del duque don Fadrique —en la vida real éste se llamó también Fernando— y de María, la bella hija de Benito, el molinero del lugar de Aldehuela, cercano a Barco de Ávila. Esto justificó el título de *El hijo de la molinera y Gran Prior de Castilla* que también se dio a esta comedia, «*acaso la más delicada de Lope*» (28).

Poco tiempo después de que se representase en los teatros *El [labrador de] Aldehuela* componía *La pérdida honrosa y caballeros de san Juan*, segunda y última comedia relacionada con la Orden hospitalaria que escribió el *Fénix* (29). Inédita hasta 1901, está inspirada en un suceso del reinado

---

(26) Morley y Bruerton consideran que Lope la escribió entre 1612-14, aunque el manuscrito de la Biblioteca Nacional que la contiene pone que se acabó en 6 de mayo de 1623. Esta fecha, sin embargo, corresponde sin duda a su traslado al citado manuscrito y no a su composición. (MORLEY, S. G./BRUERTON, C.: *Cronología de las comedias de Lope de Vega*, Madrid, Gredos, 1968, pág. 413).

(27) Cfr.: MENÉNDEZ PELAYO, M.: Observaciones preliminares, en VEGA, L. de: *Obras*, Madrid, R.A.E., 1901, t. XII, págs. XCII-XCIII.

(28) CASTILLEJO, D.: *Las cuatrocientas comedias de Lope. Catálogo crítico II*, Madrid, 1984, pág. 26.

(29) Según Morley y Bruerton la comedia es de 1610-15 (probablemente hacia 1615). Cfr.: MORLEY, S. G./BRUERTON, C.: *Ob. cit.*, pág. 531.



de Carlos V: El cerco memorable de la isla de Rodas, el más importante enclave sanjuanista en el Mediterráneo, por los turcos en 1522. Dicho penoso cerco terminó con la rendición del Gran Maestre Villiers de l'Isle-Adam a Solimán el *Magnífico*, tras cinco meses de «*honrosa*» defensa de los caballeros de san Juan, entre los que brillaron los de la lengua de España, una de las ocho de aquella milicia concurrentes a tal acción.

Aunque, con justo juicio, se ha señalado que esta obra es «*una de las más endebles*» de su autor, porque el asunto de que trata es de por sí antidramático (30), Lope de Vega, fiel a su técnica teatral, urde en ella una «*fábula de amores*» que logra mantener casi constante el interés. Y, de este modo, el relato histórico del italiano Jacome Fontano titulado *De bello Rhodio*, traducido al castellano por Cristóbal de Arcos en 1526 y reimpresso en 1571, que sirvió sin duda a Lope de telón de fondo argumental, se transforma hábilmente en un embrollo amoroso, que corre paralelo a los hechos de armas, protagonizado por doña Isabel de Toledo y doña Ana de Aguilar, dos damas sevillanas, que, disfrazadas respectivamente de soldado turco y de comendador de san Juan, llegan a Rodas persiguiendo a sus infieles galanes.

Con todo, el telón de fondo a que nos referíamos permite al autor el elogio de la milicia sanjuanista en varias ocasiones, como en aquella en que el recién elegido Maestre «*Lisladano*» arenga a los suyos con estas palabras:

*Honra y gloria de todas las naciones,  
columnas de la fe, nobles guerreros,  
de la cristiana religión leones,  
total azote de estos perros [los turcos] fieros,  
y para concluir en dos razones,  
de la cruz del Bautista caballeros.*

(Jornada Primera, escena II)

---

(30) Cfr.: MENÉNDEZ PELAYO, M.: *Observaciones preliminares*, en VEGA, L. de: *Obras*, Madrid, R.A.E., 1901 t. XII, págs. XLII-XLIII.



Sanjuanista también fue frey don *Juan Bautista Diamante*, famoso dramaturgo madrileño, cuya vida transcurrió entre 1625 y 1687. Hijo de un mercader noble y rico, se graduó de bachiller en cánones por la Universidad de Alcalá en 1652, pero sus estudios universitarios no pasaron de allí, porque, como suele decirse, le hervía la sangre. Profesó en la Orden militar de san Juan, y, dentro de ella, fue prior. Cuando, tras múltiples calaveradas, se templó su inquieto natural —frey don Juan Bautista había sido un «crudo» y un «guapo»; es decir un galán perdonavidas— se ordenó de presbítero en 1655. Y, a pesar de ello, siendo los escenarios su verdadero mundo, para los escenarios comenzó a escribir. En 1670 y 1674 publicó en Madrid sus comedias más importantes —doce en cada uno de esos años—, en las cuales desarrollaba, con verso fácil y suelto y lenguaje apropiado, sucesos de la historia de España, como habían hecho los grandes genios de nuestro teatro (31).

Pero, además, a frey don Juan Bautista Diamante le gustaban las historias hagiográficas. Por eso, entre las comedias que reunió y publicó en 1670, encontramos una pieza singular, que introduce, más de lleno de lo que hasta entonces se había hecho, la Orden militar de san Juan —su orden— en la literatura española. La pieza en cuestión lleva por título *Santa María del Monte y Convento de san Juan*.

No sabemos la fecha de su composición, pero estamos seguros de que Diamante se inspiró parcialmente en una tradición devota que debió conocer al tiempo de su profesión en el castillo de Consuegra, por los años de 1653 ó 54. La obra, dividida en tres jornadas, nos relata los amores de don Fernando y Elvira, dos cristianos cautivos de Audalí, rey moro de Consuegra; la conversión a la fe de Cristo de la reina Fátima; la toma de Consuegra por los caballeros de la Orden militar de san Juan y la fundación por éstos del convento de Santa María del Monte, en el lugar en que se descubre una imagen de la Virgen que había estado oculta durante mucho tiempo.

---

(31) COTARELO MORI, E.: Don Juan Bautista Diamante y sus comedias, en *BRAE*, III (1916), págs. 272-97 y 454-97.



Esta comedia, que aún hoy se lee con gusto, no está exenta de interés. Frey don Juan Bautista Diamante contribuyó con ella a hacer presente la Orden militar de san Juan en la literatura española de su época, y, con ella, facilitó a sus espectadores el conocimiento del gran centro de formación sacerdotal de los profesos sanjuanistas que fue aquel monasterio, que pervivió hasta el siglo XIX (32). Enclavado en la sierra Morrones, en él se veneraba, en efecto, una «*reliquia preciosísima*»: la imagen de santa María, que, según antigua tradición, había aparecido en el sitio en que se levantaba, dentro del valle de las Víboras; imagen que gozó siempre de mucha veneración en el Gran Priorato de Castilla (33).

Tratar, ahora, del capitán don **Alonso de Contreras** —del caballero sanjuanista y comendador de la villa del Hospital de Órbigo (León)— es descubrir la peripecia existencial de uno de los personajes —siendo estos muchísimos— más interesantes y curiosos del siglo XVII. Y, a nuestro presente interés, destacar también una obra literaria, inédita hasta 1900, en que las referencias a la Orden militar de san Juan o de Malta, y, sobre todo, a sus actividades bélicas en curso durante el primer tercio de la citada centuria, son continuas.

Esta obra literaria, cuyo propósito y título no especifica Contreras convenientemente, no es otra cosa que el discurso

---

(32) Sobre este convento, como seminario sacerdotal, véase: GUERRERO VENTAS, P.: *El Gran Priorato de San Juan en el campo de la Mancha*, Toledo, IPIET, 1969, cap. IV, págs. 143-55.

(33) El mencionado valle de las Víboras se llamó así por la abundancia que había en él de este tipo de culebras venenosas, que, a su vez, se unía a una leyenda la cual justificaba la aparición allí de la Virgen María. «*Era costumbre —nos refiere Domingo Aguirre en 1769— que las mugeres que delinquían en adulterio llebarlas y arrojarlas al Valle para que las víboras las emponzoñasen, y, como fuese acusada falsamente una Matrona, la hecharon para este efecto; encomendándose muy de veras a María Santísima, quién con su aparición la libertó, y volviéndose la acusada libre a la villa [de Consuegra] fue la admiración de todos, y se cree que desde este caso erigieron [los vecinos] Iglesia donde hoy es el Sacro Convento [de Santa María del Monte]*» (AGUIRRE, D.: *El Gran Priorato de San Juan de Jerusalén en Consuegra*, en 1769, Toledo, IPIET, 1973, cap. VII, pág. 85).



ISIDORO VILLALOBOS RACIONERO

de su propia vida (34). Escrita, sin voluntad de estilo, entre 1630 y 1641, se compone de tres partes en las que, con un lenguaje directo y expresivo, don Alonso, cercano a los cincuenta años, nos refiere en primera persona la fascinante aventura que hizo de sí mismo (35). Nacido en Madrid en 1582, siendo aún niño riñe con el hijo de un alguacil y lo mata con un cuchillito de escribanías o cortaplumas. Desterrado a Ávila, vive con un tío suyo cura, hasta que, vuelto a Madrid, sale en 1595 con las tropas del príncipe Alberto. Como soldado de una audacia increíble combate en Sicilia, en Flandes, en Malta, en Grecia. Pasa a las Indias, y, nuevamente en Europa, lucha otra vez en Flandes, en Italia, en Francia... Se hace corsario, y, saqueando las naves turcas y berberiscas, gana una buena fortuna que derrocha con mujeres y en el juego. De regreso a la Corte, desilusionado de no lograr sus pretensiones, se hace ermitaño en el Moncayo, y da luego con sus huesos en la cárcel por una delación tan increíble que hacía de él el rey oculto de los moriscos extremeños de Hornachos.

En las ocasiones más difíciles de su vida, la Orden militar de san Juan o de Malta, en cuyas galeras peleó en defensa de la fe y los intereses comerciales de la Cristiandad en el Mediterráneo, prestó apoyo a don Alonso. Y, es más, de hermano sirviente en ella, en 1617, pasó a ser caballero profeso en 1630, y prior de una de sus encomiendas seis años después (36).

Gozó Contreras de la amistad de Lope de Vega, quien lo alojó en su casa durante meses en 1622. Le dedicó además una

---

(34) Así lo especifica el íncipit del manuscrito de la Biblioteca Nacional que contiene el texto: *Vida, nacimiento, padres y crianza del capitán Alonso de Contreras, natural de Madrid, caballero del Orden de San Juan, comendador de una de sus encomiendas en Castilla, escrita por él mismo*. Este largo título ha sido abreviado y aún modificado a gusto por los editores de esta autobiografía, la que por ello aparece rotulada también como *Vida del capitán Alonso de Contreras*, como *Aventuras del capitán Alonso de Contreras* y como *De pinche a comendador: memorias*.

(35) LEVISI, M.: *Autobiografías del Siglo de Oro. Jerónimo de Pasamonte, Alonso de Contreras*. Miguel de Castro, Madrid, SGEL, 1985; págs. 91-176.

(36) NAYLOR, E. W.: La encomienda del capitán Contreras, en *RFE*, LIII (1970), págs. 305-308.



de sus comedias, y, maravillado de sus acciones, tal vez fue también el *Fénix* quien le animó para que las escribiera.

La *Vida* del capitán don Alonso de Contreras es una de las mejores autobiografías del Siglo de Oro, y «*constituye el documento clásico donde absorben su información cuantos quieren descubrir el tipo de soldado que abrumó la vida de Europa durante la primera mitad del siglo XVII*» (37). Es también el autorretrato del «*aventurero*»; de un aventurero que encuentra en la Orden militar de san Juan o de Malta el marco institucional más a propósito para encauzar su innato individualismo y su afán de lances sorprendentes, al ofrecerle una permanente retribución económica por los servicios que presta en sus galestras —como levante contra los turcos, berberiscos y corsarios en el Mediterráneo— y la posibilidad de ser admitido entre sus miembros profesos.

La Orden militar de san Juan o de Malta está presente, pues, directa e indirectamente, en esta obra literaria, aún poco conocida, en la que frey don Alonso de Contreras —o, con más exactitud nominal, Alonso de Guillén y Contreras— recrea su personalidad excepcional, mientras nos refiere numerosos hechos, cuya verdad la historia ha podido comprobar (38).

Terminaremos este apartado considerando una obra que, por su contenido y la condición de su autor, debiera haber sido su centro, pero que, desgraciadamente, diversas razones de carácter argumental y técnico, la convirtieron en un producto más, resultado fallido de una intención estética. Nos referimos al poema narrativo titulado *La Maltea*, que compuso el caballero sanjuanista frey don **Hipólito Sans** y se publicó en Valencia en 1582.

Escrito en octavas reales —la estrofa canónica de la llamada épica culta— *La Maltea* relata en diez cantos el sitio, en

---

(37) ORTEGA GASSET, J.: *Las aventuras de un capitán español*, prólogo a la edición de la autobiografía de Contreras publicada por la Revista de Occidente, Madrid, 1943. Tomamos la cita de su reproducción en la edición de Manuel Criado de Val, Madrid, Taurus, 1965; pág. 192.

(38) ETTINGHAUSEN, H.: Alonso de Contreras: Un épisode de sa vie et de sa «Vida», en *BHi*, 77 (1975), págs. 293-318.



1565, de la isla de Malta —en la que la Orden militar de san Juan llevaba establecida treinta y cinco años— por las fuerzas navales y terrestres del sultán turco Solimán II. Dicho sitio se prolongó durante casi tres meses, y, cuando se levantó el 8 de septiembre, reveló a la Cristiandad el extraordinario heroísmo de los sitiados (39).

Frey don Hipólito Sans, quizá miembro de una antigua familia catalana establecida en Játiva (Valencia) ya en el siglo XIII, fue protagonista de aquel gran suceso. Y, sin duda, estimulado tiempo después por la lectura de alguno de sus muchos cronistas, volviendo sobre sus propios recuerdos, quiso dejarnos la versión rimada del mismo, ajustando la narración a la más estricta verdad (40).

Pero, esta verdad estricta destruyó toda la poesía que estaba encerrada en los hechos referidos. Porque, a pesar suyo, don Hipólito no era un poeta, sino un versificador —y no de los mejores— que apenas se apartaba de la fuente histórica que seguía. Dicha fuente —está demostrado— era *La verdadera relación de todo lo que este año de MDLXV ha sucedido en la isla de Malta...*, escrita por Francisco Balbi da Correggio e impresa en Alcalá en 1567. Por tanto, quien quiera conocer aquella página gloriosa que precedió a Lepanto, y, en la que la milicia sanjuanista —con su gran Maestre Parissot de la Valette a la cabeza— apoyada por el virrey español de Sicilia y el papa Pío IV derrotó a Solimán, sacará más provecho leyendo a Balbi que a Sans.

Frey don Hipólito Sans no logra transmitir emoción ni siquiera en el episodio —situado entre los cantos VIII y IX de su poema— en que una muchachita maltesa de catorce años, superior a Venus y Diana en belleza, es degollada por el jenízaro que la solicita y retiene, cuando, descubierto, se ve acosado por la caballería sanjuanista.

---

(39) SALVÁ, J.: *La Orden de Malta y las acciones navales españolas contra los turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*, Madrid, C.S.I.C., 1944; caps. XI-XII, págs. 215-256.

(40) CASSOLA, A.: *El gran sitio de Malta de 1565: Una investigación histórica desde «La Maltea» de Hipólito Sans*, Valencia, Tilde, 2002.





Quizá Sans quiso crear el poema que entronizara la Orden militar de san Juan o de Malta en la literatura española, pero no pudo. Le faltaban condiciones para ello. No tenían más otros autores contemporáneos suyos que, imitando los modelos clásicos (Vigilio, Lucano) e italianos (Ariosto y Tasso) y haciendo gala de una erudición indigesta y superficial, escribieron los largos poemas de asunto histórico que los estudiosos agavillan con el rótulo de épica culta (41).

Con frey don Hipólito Sans y su *Maltea*, que dirigió a Felipe II, finaliza este trabajo, en el cual hemos rastreado las huellas, si no siempre brillantes, al menos perceptibles de la presencia de la Orden militar de san Juan en la literatura española del Siglo de Oro.

---

(41) PIERCE, F.: *La poesía épica del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1968.

